

## ¡ME VOY! <sup>1</sup>

### I

Me voy de las playas alegres, sūaves,  
Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla;  
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,  
Do nunca ha apagado sus rayos el sol;  
Do anuncian la aurora con trinos las aves,  
Y en cantos acordes al alba saludan;  
Do nunca los hielos al árbol desnudan,  
Do nunca del cielo faltó el arrebol.

Me voy de las playas que el aura acaricia  
Besando las flores que crecen en ellas;  
Do el céfiro borra las tímidas huellas  
Que deja en la arena la esbelta mujer.  
Se quedan los campos do amor y delicia  
Espiran los aires y el labio respira,  
Do en plácidos sueños el joven suspira,  
Mecido en los brazos del blando placer.

1. Composición escrita por la noche, el 27 de julio de 1852, después de presenciar durante algunos instantes el baile dado por el Whist Club en la ciudad de Lima.

Se queda la tierra que Marte aborrece  
Y evita los ecos de trompas marciales,  
Do el bárbaro ruido de roncós metales,  
No arranca, tronando, sus gritos de horror.  
Me voy de las playas do blando se mece  
El cándido lirio al soplo del viento. . . .  
¡Adiós, gaya Lima, do no hay un acento.  
Que no nos inspire deleite y amor!

### II

Me voy . . . ; y nada deajo, ni un suspiro!  
Nadie dará una lágrima á mi ausencia;  
*Para mi* no ha existido ni la esencia  
Plácida de los árboles aquí.  
He estado en un Edén, testigo he sido  
De los placeres que ese Edén brindaba;  
Mas cuando yo sus árboles buscaba,  
Ni la sombra era fresca *para mi*.

Oyendo estoy el melodioso acento  
Que para otros oídos se destina;  
Pero ese acento que al deleite inclina  
Viene tan sólo á herir mi corazón.  
Viendo estoy las miradas y las risas  
Dulce y afablemente contestadas;  
Pero esas risas ¡ay! esas miradas  
Son para otros para mí no son.

En mi redor la música se anima,  
Y al grato son en mi redor se danza;



En mi redor se enciende la esperanza,  
 En mi redor se mueve la mujer;  
 Y su forma de silfida que vuela  
 Por el salón en brazos de su amante,  
 Y su rostro, de júbilo radiante,  
 Y sus ojos de fuego y de placer;

Música, baile, amor, deleite — nada  
 Le pertenece al infeliz proscrito,  
 Que vive, como Tántalo, maldito,  
 Viendo la dicha ahogada en el dolor :  
 Ni vibra para él acento amigo,  
 Ni se perfuma para él la brisa,  
 Ni brilla para él la dulce risa  
 De amistad, ó de lástima, ó de amor.

Mira el proscrito hacia el jardín vedado  
 Como pudo, lanzado de improviso,  
 Mirar desde la puerta al Paraíso  
 El desterrado, el infeliz Adán.  
 Luego, si piensa en el hogar nativo  
 Y se transporta á playas apartadas,  
 Mira la Patria, y á su amor cerradas  
 Ve que sus puertas para siempre están!

## III

En la turba que esa sala  
 Llena sonriendo, amando,  
 Y conversando, y burlando,  
 Do todos contentos van,

Aquel suspiro que exhala  
 De la boca coralina  
 La bella, que el cuello inclina  
 Sobre el alegre galán;

La dulce risa, el acento  
 De placer y de alegría,  
 Y la blanda melodía  
 Que hace los aires vibrar. . . .  
 Todo aquello que contento,  
 Deleite y amor inspira,  
 No consuela al que suspira  
 Por su patria y por su hogar.

Él no es ave de *este* nido,  
 Ni oveja de *este* rebaño;  
 Para todos es extraño,  
 De todas desconocido :  
 En el lujoso salón  
 Ve mujeres tiernas, bellas,  
 Mas, para él, no hay en ellas  
 Oídos ni corazón.

Si hacia el labio del proscrito  
 Un ahogado acento vuela,  
 El corazón se rebela,  
 Y aquel acento bendito  
 Sobre su labio se hiela :

Se hiela, como la gota  
 Que el frío torna en cristal  
 Cuando entre la escarcha brota,



Ante el oyente glacial,  
Cuya indiferencia nota.

¿Quién va á atender al ingrato  
Son del dolor que se queja,  
Abandonando el boato  
Y el dulce y alegre trato  
Donde el amor se refleja?

¿Quién ha de apartar los ojos  
De tanta riqueza y gala,  
Por atender, en la sala,  
Al que oculto entre sonrojos,  
Su queja tímida exhala?

Por el pesar carcomido,  
Solo entre la muchedumbre,  
Mudo en medio del ruido,  
Está el proscrito escondido,  
Y á oscuras entre la lumbre.

## IV

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles  
Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,  
Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmóviles  
Una enfermiza, pálida, desconocida flor.

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,  
Y cuyas ramas crujen al son del huracán,  
Reparten sus despojos, y al ímpetu violento  
Ahogando con sus hojas la florecilla van;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,  
Y suena por las ramas su acento silbador,  
Al pie del tronco yace, oculta, helada, ignota,  
Y muda entre el estrépito, la solitaria flor.

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,  
Y empújame, y ahógame, y obligame á quejar,  
No hay uno que hacia abajo la alegre vista lleve,  
No hay uno que, por lástima, me venga á saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,  
No salgo de la esfera donde penando estoy,  
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento,  
Diciendo: ¿Á quién le importa? De vuestro Edén me voy.

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos  
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,  
Los ojos del proscrito evitan su hermosura  
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios;  
Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,  
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,  
Sino la arena estéril de un árido desierto,  
Do apenas queda un eco para decir: ¡Adiós!



## Á LA SEÑORITA DOLORES ARGÁEZ

### DESPUÉS DE UN BAILE

---

Como entre flores ricas y vistosas  
Se oculta la violeta en el jardín,  
Entre damas alegres y pomposas  
Yo te vi confundida en el festín.

Imagen de la tímida violeta  
Tienes un atractivo encantador ;  
Por eso ensalza el infeliz poeta,  
Aun más que tu belleza, tu pudor.

Esa tristeza lánguida y esquiva  
Que te acompaña por doquiera vas,  
Y la sonrisa dulce y expresiva,  
Que asoma y muere en tu doliente faz ;

La lágrima furtiva que riëla,  
Al escaparse, por tu limpia tez,  
Que un sentimiento tímido revela  
De fuego, ignoto para ti tal vez,

Dan á tu rostro esa expresión que inspira  
Religioso cariño, admiración,

Y hace sonar las cuerdas de la lira,  
Y latir de ternura el corazón.

El alma, como un arpa vibradora,  
Responde al tono que le da tu humor ;  
La alegre tu sonrisa encantadora,  
La anubla y entristece tu dolor,

Porque tienes del niño la inocencia,  
De la mujer las formas de marfil :  
El amor se confunde en la presencia  
De tu belleza, púdica, infantil.

Como la luz de aurora matutina  
Alumbra tu mirada, sin quemar :  
Es tu voz cual la nota peregrina  
En que suele la tórtola llorar ;

Tu rostro melancólico y süave  
Me representa la doliente faz  
Del Ángel santo, que, en su angustia grave,  
Trajo consuelo al Salvador y paz ;

Y tu cuerpo modesto y delicado  
Es cual lirio encerrado en un cristal :  
El viento del deleite no ha llegado  
Á columpiar tu talle virginal.

Ya pasaron los años de tu infancia,  
Y pasará también tu juventud ;  
Pero siempre el aroma y la fragancia  
Quedarán para ti de la virtud.



Como conservan las marchitas flores,  
Perdidos ya los tintes, el olor,  
Tú guardarás, dulcísima Dolores,  
Perdida la belleza, tu pudor;

Y cuando ya no pueda la corona  
De la hermosura decorar tu sien,  
Todos respetarán á la matrona  
Y su virtud admirarán también.

Mientras esas espléndidas mujeres,  
Que te ven con orgullo y altivez,  
Sientan volar amores y placeres  
Con la estéril frescura de su tez;

Tú no verás en el ocaso el astro  
Que tu feliz carrera alumbrará :  
Tu alma es esencia en vaso de alabastro,  
Que aun gastado, su aroma exhalará.

Y serás más feliz que la más bella,  
Porque unes el pudor á la beldad ;  
Y el tiempo en todo dejará su huella,  
Menos en tu virtud y mi amistad.

*Julio 19 de 1855.*

## Á LAS HEROÍNAS DE BOGOTÁ

(Recuerdo de la Campaña contra la Dictadura del General Melo)

Por más bárbaro que sea  
El enemigo, no importa :  
Toda distancia se acorta  
Para el que lidiar desea.

Las bellas gimiendo están ;  
Los brazos, pues, tenderemos,  
Y, ó todos pereceremos,  
Ó ellas se libertarán.

Así, virtuosas matronas,  
Corred los campos desiertos  
Y preparad dos coronas  
Á vuestros hijos altivos :  
De laurel para los vivos,  
De ciprés para los muertos.

Feliz quien sienta la herida  
Que su pecho desbarata,  
Pues la bala que á él le mata  
Os da á vosotras la vida.



Dichosos son los hijos que á sus madres  
 Á costa de su vida libertaron,  
 Y el honor de la virgen rescataron  
 Muriendo al pie del salvador cañón.  
 Ésos por credencial muestran ufanos  
 Ante su Dios el corazón abierto ;  
 Á ésos su Dios les abre el Santo Puerto  
 Sólo con ver el roto corazón.

*Noviembre 5, 1854.*

VANITAS VANITATUM ET OMNIA  
 VANITAS

I

Busca el Egipcio en su constante anhelo  
 Gloria inmortal : al tiempo desafia  
 Construyendo pirámides que envía  
 De la móvil arena al alto cielo :

Los restos de sus padres, en su duelo,  
 Á la sólida fábrica confía,  
 Y del tiempo á pesar, la momia fría,  
 Por siglos guarda el consagrado suelo.

Descubre el sabio el esqueleto pálido :  
 Interroga las raras inscripciones  
 Y se desvela sobre el resto escuálido,  
 Que ha triunfado de mil generaciones ;

Mas ¡ay! murieron raza, historia y nombre :  
 Sólo quedó la vanidad del hombre.



## II

¿Quién construyó la inmensa maravilla  
Que se esconde en el suelo americano?  
¿Quién de Palenque<sup>1</sup> explicará el arcano  
Que nuestra ciencia presuntuosa humilla?

Tal vez fué de Titanes la semilla,  
De aquella raza cuya dura mano  
Construyó el laberinto sobrehumano  
Que á pesar del diluvio vive y brilla.

Pero no queda de esa raza nada:  
De la fábrica enorme cada piedra,  
Una vez y otra vez interrogada,  
Con su terco silencio nos arredra:

— ¿Quién os labró? — ¡LA VANIDAD! responden  
Los ecos que en las bóvedas se esconden.

## III

¿Y cuántas glorias, en su propio aprecio,  
No fundaron los ínclitos mortales  
Que aquellos monumentos colosales  
Dieron al mundo, del poder por precio?

1. *Palenque*. — Ruinas de una gran ciudad en la América Central, á 150 kilómetros al este de Chiapa, descubiertas en 1787 por Antonio del Río y José Alonso de Calderón. Hay notables analogías entre estas ruinas y las del antiguo Egipto y también, aunque en menor grado, con las de la India oriental.

¡Y cuán costoso para el pueblo, y recio,  
Y cuán fecundo en servidumbre y males  
Fué el poder que en tan anchos pedestales  
Dejó su fama con orgullo necio!

El amor de la gloria á la injusticia  
Los llevó, y al afán y al movimiento,  
Para dejar á su ambición propicia  
Fábrica eterna, eterno monumento;

Mas ¡ay! erraron, porque todo ha muerto,  
Menos la Vanidad, en el Desierto.

## IV

¡Infeliz del que busca en la apariencia  
La dicha, y en la efímera alabanza,  
Y muda de opinión con la mudanza  
De la versátil pública conciencia!

El presente es su sola providencia;  
Cede al soplo del viento que le lanza  
Al bien sin fe y al mal sin esperanza;  
Que en errar con el mundo está su ciencia.

Y feliz el varón independiente,  
Que libre de mundana servidumbre,  
Aspira entre dolor y pesadumbre  
Á la eterna verdad, no á la presente,

¡Conociendo que el mundo y sus verdades  
Son sólo vanidad de vanidades!



## V

¡Oh! todo es vanidad : Dios sólo sabe  
Glorificar al hombre que ha creado;  
Puede del ancho espacio ser borrado  
El orbe, al son de su palabra grave;

Mas cerneráse el Justo, como el ave  
Revoloteando sobre el Ponto airado,  
Por encima del mundo desquiciado,  
En que la misma Vanidad no cabe.

Imperios, mundos, creaciones pasan,  
Como pasa vibrando por el campo,  
Sin dejar huella, el repentino lampo  
De aquellos fuegos que el espacio abrasan.

Mas la Virtud no muere ni se olvida;  
Que Dios le da su Eternidad por vida.

PARÍS, 1859.

## CASIMIRO EL MONTAÑÉS

Es lóbrega la noche : un nubarrón oscuro  
De lluvias y relámpagos y de terror preñado,  
Parece haber al mundo entero sepultado  
Bajo su manto espeso de espanto y soledad.  
Y mirase un jinete que cruza la llanura  
Y luego escala el monte, y llega á la montaña,  
Y luego por la selva ignota se enmaraña  
Al son solemne y sordo de la alta tempestad.

Á saltos va el caballo las rocas escalando,  
Y bufa á cada esfuerzo pidiendo siempre rienda,  
Que la áspera montaña, la peligrosa senda  
Parece que conozca mejor que su señor.  
El rifle mal colgado la ijada le golpea,  
Y atónito por tiempos retiembla estremecido,  
Y del contacto insólito y tétrico sonido  
Se asusta, y parte, y párase mirando en derredor.

Parece el caballero nacido á su caballo;  
Parece que el caballo á cada movimiento  
Expresa las pasiones y el vario pensamiento  
Que cruzan por la mente del rústico feroz.



Y al ruido de los truenos que repercute el monte,  
Y al ruido de la lluvia que el caucho le azotaba,  
Así con su caballo el montañés hablaba  
Sin que ese ruido ahogase el eco de su voz :

» Noche por las tormentas arrullada,  
¡Imagen de la muerte, tú me guías!  
Te amo, y detesto los lucientes días  
Que he pasado entre angustias y terror!  
Tú sola me acompañas. Otros lloran  
Cuando tu manto sobre el mundo extiendes,  
Pero á mi tú me ayudas, tú me atiendes,  
Tú me recuerdas el pasado amor.

» Y al sepultarme en las tinieblas hondas,  
Con que del sol la odiada luz ahuyentas,  
Como el pasado bien te me presentas,  
Que me es dulce siquiera el recordar.  
Vela conmigo, mi alazán brioso,  
Y atraviésa los riscos y montañas  
Con planta cierta, y busca entre espadañas  
Y zarzas y malezas, el lugar;

» ¡Ese lugar que el tiempo se ha empeñado  
En que no vuelva á ver! Corcel famoso,  
Búscale bien, que el tiempo borrascoso  
Tu vida acabará, tus bríos no.  
Búscale, mi alazán; ésta es la hora  
En que á él me condujiste en el propicio  
Tiempo, en que por inmenso beneficio  
Tu generoso instinto invoqué yo.

» ¡Brilla un rayo! . . . ¡detente! — y otro brilla,  
Del ronco trueno al retumbante estruendo. . .  
¡Ya soy feliz! su luz va descubriendo  
La estrecha senda. En el paraje estoy.  
Á la luz del relámpago la miro. . . .  
Aquí es, aquí es : allende el negro tronco. . . .  
¡Que aturda el trueno! su sonido bronco  
¿Ya qué me importa? ¡Venturoso soy!

» ¡Detente, mi alazán! Ésta es la gruta,  
La gruta es ésta en que feliz yo he sido.  
La borrascosa noche, y el ruido  
Que hace el viento zumbando en derredor,  
¡Todo me la recuerda! ¡Ella aquí estuvo!  
¡En su ojo negro la pasión ardía,  
Y yo en su dulce labio recogía  
Con ansia inmensa el beso del amor!

» ¡Aquí estuvo *ella*! Ésta es la grata hora  
En que yo estremecido me acercaba,  
Y en sus amados brazos rebuscaba  
La dicha en convulsivo frenesi.  
Pálida, al son de la tormenta airada,  
Dada al viento la espesa cabellera,  
Parecía más linda y hechicera  
Cuando buscaba protección en mí.

» ¡Mi pecho era su arrimo! y — yo entre tanto  
Cegado con el bien que poseía,  
Aunque en su amor, en su lealtad creía,  
No encontraba valor para vencer.  
Porque temblé, y ella tembló; — y entonces



Yo, confundido entre sus brazos bellos,  
Tímido, incierto, y zozobrado en ellos,  
No probé, no, la copa del placer.

» Por su inocencia púdica animada,  
La ingrata luz de antorcha al apagarse  
Vino, testigo odiado, á colocarse  
Entre su amor inmenso y mi pasión,  
Y fui á abrazarla, y trémulo apartéme;  
Y su rostro gentil anegó el llanto;  
Y la vi desmayarse. . . . ¡Oh! ¡cuánto espanto  
Tuvo, hasta de su amor, mi corazón!

. . . . .

» Hoy me queda el recuerdo solamente  
Y ese recuerdo es pena, y cada instante  
Me presenta en la imagen de mi amante  
Un infierno con rostro angelical.  
¡Como fué grande el gozo pasajero,  
Es amargo y constante mi tormento,  
Deleite que engendró remordimiento,  
Bien que produjo ilimitado mal!

» Á mi me arrebataron de sus brazos,  
Á otro empujaron á sus brazos bellos;  
Y yo al salir, la pena, y él, en ellos  
Al entrar, el dolor también halló.  
Desdichado fui yo, y él desdichado,  
Y ella también en la desdicha llora :  
Sólo el dolor por donde quiera mora :  
¡Ellos sin dicha, en la desdicha yo!

» Hay en mi pecho un férvido suspiro  
Que en vano ruge y por salir batalla ;  
Al exhalar, la opresión le acalla,  
Y ahogado vuelve á batallar allí.  
Irrevocable mi sentencia ha sido,  
¡Irrevocable cual de Dios el juicio !  
Ella varió : su amor no fué propicio  
Para nadie, y funesto para mí.

» ¡Noble mujer! ¿por qué la vez primera  
Que clavaste tus ojos en mis ojos,  
No ocultaste tu amor en los enojos .  
Que, con tan necio orgullo, finges hoy?  
¿En qué te ofendí yo? ¿Sólo querias  
Que el plebeyo infeliz se te humillara?  
¿Hacer probar el bien porque llorara? . . .  
¡Gózate, pues, que ya llorando estoy!

» Pero quizá no siento solo : acaso  
Suspiras tú también ocultamente.  
Quien tiene que fingir dos veces siente :  
Le angustia el mal, le angustia el engañar.  
Yo no tengo testigo de mi pena,  
Pero allá entre tu pecho ¡qué batalla!  
Yo al menos lloro : tu dolor no estalla;  
¡Tú no puedes, señora, ni llorar! . . .

» ¿Mas tu dolor mi pena acaso mengua?  
¿Por qué, pues, me deleito? La venganza  
No es placer para mí : dame esperanza,  
Con la esperanza aliviaré quizá. . . .  
Pero no; no eres tú la que cometas



Un crimen redentor : ya perpetraste  
Aquel con que la dicha me robaste,  
Ni acaso á más tu orgullo aspirará.

» Trocadas en desdenes tus miradas,  
La maldita beldad que te dió el cielo  
Causa mi perdición y mi desvelo,  
Y tú, señora, ries de mi mal.  
Mientras yo vago entre ásperas montañas  
Tú duermes : con los tuyos otro enlaza  
Sus brazos, y esta idea despedaza  
Mi corazón rebelde y criminal.

» Miente y engaña al hombre que te tiene  
Con la bendita aprobación del mundo :  
Al noble esposo, que logró segundo  
De tu desdén, cabe el altar, triunfar.  
Que yo entre tanto la virtud admiro  
Que tan bien guarda el contratado lazo ;  
¡ Si mi valor me ha abierto tu regazo,  
Mi cuna me ha apartado del altar! . . .

» ¡ Ah, Estela ! ¡ Estela ! de tu amor comprado  
¿ Cómo puede él gozar ? ¿ No se presenta  
Entre él y ti mi aparición sangrienta  
Á enfriar tu abrazo y rechazar tu amor ?  
En esta piedra tu traidora mano  
Me prodigó en un tiempo sus caricias,  
Y brindóme tu seno sus delicias,  
Y embriagóme tu aliento abrasador.

» Sentada en ella, pálida, convulsa,  
De amor y de deleite estremecida,

Fijos tus ojos, disteme acogida,  
Y aceptaste el amor que te juré.  
¡ Qué diferencia ahora ! el sitio mismo  
Mis angustias presenta y mi quebranto,  
Y es el solo testigo de mi llanto,  
Porque, mujer, faltásteme á la fe. . . .

» ¡ Ah ! ¡ qué fatalidad me impele ciega  
Siempre á buscarte, siempre á idolatrarte !  
¡ Obtuviste ya un triunfo, y otro darte  
Pretende mi bastardo corazón !  
¡ Y vuelo de ti en pos, y no te encuentro,  
Y á los lugares voy en que estuviste,  
Buscando amor ! ¡ y en ellos sólo existe  
La huella que ha dejado mi pasión ! . . .

» ¡ Ya no sufriré más ! ¡ Tú, compañero  
De la desgracia que abrumarme quiere :  
Llévame allá do la mujer no impere,  
Donde sólo haya yermo y soledad !  
Que allí contigo, por abrigo el cielo,  
Y la tierra por lecho, tu bufido  
Venga á herir sólo mi infeliz oído  
Como postrer recuerdo de amistad.

» Y que cerca del tronco en que yo muera  
Inclinado á la tierra el cuello erguido,  
Que eres el solo amigo que he tenido  
Muestras con triste y lúgubre ademán ;  
Pues ya que el mundo me persigue siempre —  
De la mujer y el hombre la venganza —



En tu amistad yo finco mi esperanza,  
Tú llorarás mi muerte, mi alazán! . . .

» ¡ No, no te dejaré! Presa serias  
Acaso de algún bárbaro inhumano  
Y su cruel, desconocida mano  
Tu cerviz generosa azotará.  
¡ Jamás! ¡ Jamás! . . . ¡ Si la desgracia quiso  
A tu existencia encadenar mi suerte,  
Somos inseparables; y la muerte  
Un sepulcro común nos abrirá! . . . »

Calla, — al ijar aplica el aguijón punzante,  
Y, como el rayo, parte el animal brioso.  
*¡ Adiós! ¡ Adiós, Estela!* el eco vagaroso  
Por tres y cuatro veces doliente repitió.  
Y desde el borde altísimo de risco amenazante,  
Á cuyo pie un torrente sus ondas desbarata,  
Lanzóse, cual se lanza la hirviente catarata,  
A así con su caballo el montañés murió.

## POESÍAS

ESCRITAS EN ÁLBUMES